

poniendo por testigo á su marido, que no siempre la dejaba airo-
sa á pesar de su miedo cervical, y del profundo respeto que guar-
daba á su adorada mitad.

Regresó por fin la criada Gila, y acabó de tranquilizar los áni-
mos de los que allí se hallaban, si esceptuamos á don Nicome-
des, cuyo miedo era ya una enfermedad crónica que le atacaba de
vez en cuando, esto es, siempre que habia la menor alteracion
popular, así como á otros cuando hay revolucion atmosférica les
ataca la gota ó el asma.

Gila vió á la marquesa de Bellaflor cuando esta no habia ha-
blado aun con el banquero don Fermin, y acababa de leer la carta
de su esposo, en que le decia que tanto él como su padre estaban
en sitio seguro, que no corrian el menor peligro; y esta es la res-
puesta que colmó la alegría general.

¡Alegría que habia de ser efímera! ¡Alegría que habia desa-
parecido de la mayor parte de las casas de Madrid!... ¡y se decia
que en él reinaba el orden!

¡Maldito sea el orden que tantas lágrimas arranca á la ino-
cencia!



CAPITULO IX.

EL ÓRDEN REINA EN MADRID.

La tranquilidad que imperaba en Madrid despues del triunfo
de sus opresores, solo puede compararse con la que produjera el
terror en Varsovia, cuando las huestes del autócrata arrebataron
su independencia.

El silencio sepulcral de las calles, era únicamente interrumpi-
do por el rumor de las monotonas pisadas de las patrullas que se
cruzaban en todas direcciones.

En lo interior de las familias, el espanto se destellaba de to-
dos los semblantes; el horror, la indignacion y el deseo de ven-
ganza agitaban todos los corazones.

El hogar doméstico que habia sido ya profanado en mil pun-
tos por la inmunda planta de los asesinos, porque asesinos son los
esbirros de un poder arbitrario que hiere á la humanidad indefen-
sa, el sagrado asilo del pacífico ciudadano, ya no ofrecia seguri-
dad alguna al inocente.

Todos recelaban ser de un momento á otro arrebatados del centro de sus mas dulces afecciones, para ser conducidos al calabozo, al exilio, ó al cadalso.

Este fundado temor amilanaba á los que aun no habian sentido el golpe de los verdugos; pero habia otras moradas donde faltaba el honrado padre de una numerosa familia, que quedaba abandonada á la orfandad y á la miseria, donde el hermano lloraba la pérdida de otro hermano querido, donde una madre exhalaba alaridos de dolor por la muerte de su hijo, donde una esposa, con los ojos arrasados en lágrimas y la palidez cadavérica en las mejillas abrazaba á sus tiernos hijos, exhortándoles á vengar á un padre bondadoso, cuyo corazon habia traspasado el homicida plomo del vencedor.

Presentaremos á nuestros lectores una sola de estas escenas horribles, que aunque de pura invencion por ser sus personajes fabulosos, será verdadero trasunto de lo que pasaba en el seno de las desoladas familias que en aquellos aciagos dias fueron victimas de la mas inicua dictadura.

María, la simpática marquesa de Bellaflor habia perdido en un solo dia á su padre y á su idolatrado esposo.

Sabia ya, porque despues de la consoladora carta de su Luis habia recibido una visita de don Fermin del Valle, que su marido habia podido escapar del furor de los opresores, merced á los afanes del hombre generoso que le ocultó en su casa, y le hizo luego partir para el extranjero con el pasaporte de uno de sus dependientes.

Su amado Luis estaba en salvo, y esto hubiera llenado de alegría el corazon de la sensible esposa, si el mismo anciano á quien debió tan grata nueva, no le hubiese desgarrado con otra funes-

tisima para quien, como María, habia sentido siempre por sus padres, esa afeccion purísima que hace las delicias de una hija virtuosa.

Al oír el relato de don Fermin del Valle, al saber que su Luis estaba libre, cayó de rodillas ante el simpático mortal que le habia salvado, y asiéndose de sus manos, las besó como si besara las del autor de sus dias, y las inundó de lágrimas de gratitud.

— ¡Gracias! ¡gracias! — balbuceaba entre sollozos de júbilo la encantadora marquesa. — No olvidaré jamás el inmenso beneficio que acaba usted de hacerme, porque no solo ha salvado usted á mi esposo, sino á mi padre... mi padre le acompañaba y habrán salido juntos para París ¿no es verdad?

El banquero no respondió, porque no sabia como desengañar á la desventurada hija.

— ¡No responde usted! ¿Por qué tarda así en completar mi dicha? Por Dios, dígame usted pronto que tambien se ha salvado mi padre.

— ¡Señora! — exclamó con acento trémulo el banquero.

— Luis no puede haber abandonado á mi padre... Sáqueme usted de ansiedad... Las manos de usted tiemblan convulsivamente!... ¡Dios mio!... ¿Llora usted? ¿Qué sucede?

— ¡Pobre hija! — dijo el banquero enjugándose los ojos.

— ¿Qué dice usted?..... — preguntó con ansiedad la marquesa incorporándose. — Sáqueme usted de una incertidumbre que me asesina.

— Sí lo haré... Usted tiene talento y sabrá dominar su dolor... Es usted cristiana... y sabrá conformarse con la voluntad del Juez Supremo.

— ¿Mi padre?

— Está en capilla, señora... para ser fusilado.

María se quedó como petrificada al oír tan horrorosa frase.

Después de algunos segundos de estupor, se pasó la mano por su pálida frente, como si quisiera apartar de su fantasía alguna idea siniestra.

Frotóse inmediatamente sus negros y rasgados ojos, y los fijó en don Fermin, de una manera espantosa, como si quisieran salirse de sus órbitas para conocer mejor á quien le habia dado la terrible nueva.

— No es un sueño, no... — dijo para sí llorando amargamente — no es una pesadilla... es la verdad... verdad que ha destruido mi corazón... ¡Padre!... ¡padre mio! ¡ya no te veré mas!...

Y la infeliz prorumpió en gritos de dolor, precisamente cuando su madre invadía el salón donde esta horrible escena pasaba.

No tardó la pobre anciana en averiguar la causa del dolor de su hija. Apenas supo que su Anselmo estaba en capilla, lanzó un prolongado chillido de acerba desesperación, y cayó en tierra atacada de un violentísimo accidente epiléptico.

María abandonó su madre al cuidado de su hermana Rosa, y por indicación de don Fermin se dirigió con él á ver á la reina, que habia dado ya alguna esperanza al comerciante.

El día siguiente, último del mes de marzo, la magnífica alcoba de la marquesa de Bellaflor, aquel precioso y elegante dormitorio blanco donde en marzo de 1837 habia recibido el premio de sus amores, unida al ídolo de su corazón en indisolubles lazos que Dios acababa de bendecir, aquel recinto de placeres en que la angelical María habia sido la mas feliz de las esposas, ofrecia un

cuadro aterrador. En vez de los delicados perfumes impregnados en los ricos ropages que entoldaban el mullido lecho, y esparcian dulcísimo aroma al movimiento mas leve, percibiase ese fatídico hedor de éter, que suele ser siempre una funesta señal de algun infortunio.

La desgraciada esposa de Godinez yacia postrada sobre la blanda pluma donde habia gozado María los mas deliciosos ensueños; pero este lecho de amores en otro tiempo, habiase transformado en el lecho mortuario de una madre, cuyos hijos, con el llanto en los ojos y el desconsuelo en el corazón, recibían un adiós postrero, un adiós para siempre, que filtraba en su seno como una gota de plomo derretido, sin que todos los afanes del amor filial fuesen ya suficientes para dar vida á una criatura, que creía iba á juntarse en el cielo con el esposo que los tiranos de la tierra le habian arrebatado.

María estaba dando en tan críticos momentos tales pruebas de grandeza de alma, que parecían imposibles en una tierna mujer.

Su esposo fugitivo, en capilla su padre como un facineroso, ausente su hermano y el pobre negro Tomás, permanecía tranquila en la apariencia, con los ojos enjutos aunque hundidos y á veces azorados, el rostro sereno, si bien descolorido, y alentando á todos con su ejemplo y sus cristianas reflexiones de resignación.

Ella, sensible como todas las almas puras, ella, con el corazón mas desgarrado que nadie, asida de una de las heladas manos de la moribunda, la dirigía palabras de consuelo con la sonrisa en los labios.

Esta sonrisa aparente acrecentaba de un modo horrible sus tormentos.

La marquesa ocupaba el lado derecho de la cabecera; el sábio-

facultativo don Antonio de Aguilar, su hermano político, estaba á la izquierda apurando todos los recursos del arte.

Rosa, la mujer del facultativo, y hermana de la marquesa, presenciaba tambien esta dolorosa escena llorando en silencio.

Un sacerdote respetable, ocupaba el sitio de la marquesa ó del facultativo, cuando alguno de estos se separaba para acudir á precisas atenciones, ó cuando la moribunda se hallaba en disposicion de oír las divinas exhortaciones del ministro del altar.

La enferma habia perdido ya los sentidos, y permanecia largos ratos aletargada; pero de vez en vez la acometia un espantoso accidente que hacia temer su inmediata muerte á todos.

Durante estos violentos accesos de epilepsia, deliraba de una manera horrorosa.

Todo su afan era llamar á su hijo para escitarle á la venganza.

En pos de uno de estos delirios, pareció que hubiese recobrado las fuerzas y el uso de la razon.

—¿Quiénes sois vosotros?— dijo paseando sus desencajados ojos por todos los que la rodeaban.

—Todos los de casa— respondió la marquesa esforzándose por sonreír.

—Sí... es verdad... tú eres María... Rosa está allí... ¿Por qué llora?... ¡Ah!... ya sé... yo tambien he llorado mucho... pero... no me quedan ya lágrimas...

—Madre mia— replicó dulcemente la marquesa —¿y por qué ha de llorar usted? Para usted van á acabar todos los males... Dios la llama á usted para darle el galardón que reserva á las almas virtuosas.

—¿Con que es cierto que me muero?

—¿Y lo siente usted?

—Por vosotras dos, hijas mias.... y tambien por tí, Antonio —dijo mirando al facultativo.

—¡Madre mia! —esclamó este, besándole la mano.

—María, hija mia —añadió la moribunda —me has dicho que estais aquí todos los de casa... Falta Anselmo... me parecia oír su voz... en efecto es su voz... me llama desde aquel coro de ángeles... ¡Hijas mias!... ¡á Dios!... me voy á morir muy pronto... ¡y me has engañado!...

—¿Por qué, madre mia?

—Yo quiero despedirme de todos... quiero ver á Luis, á Manuel, á los niños... quiero besarles por la última vez.... ¿Y Tomás?... ¿Cuántos faltan aquí, y deciais que estabais todos! ¿Por qué me engañais?

—Voy por los niños, madre mia.

—Y por tu hermano y tu esposo... María...

—¿Qué quiere usted?

—Quiero ver tambien á Tomás.

—No están en casa; madre.

—¿Dónde están?

—Han tenido que ocultarse.

—¿Ocultarse!

—Sí, mi querida madre.

—Ya... ya lo entiendo... tambien quieren asesinarles como á mi esposo...

—No se desasosiegue usted.

—¿Pobre Anselmo!... ¡Estará sufriendo tanto!... Es preciso que Luis le salve como en el año de 1836. ¿Te acuerdas, María? Tambien estuvo en capilla mi marido... y Luis le salvó...

—Todos haremos lo posible por salvarle.

—Sí... todos... todos como entonces..... Yo corrí como una loca por las calles... Manuel también salió con su sable... ¡Y ahora no hacemos nada! María, quiero levantarme...

Y en ademán de incorporarse, añadió:

—No tengo fuerzas... me siento desfallecer... ¡Dios mío!... Cuando Luis y Manuel vuelvan á casa... yo habré muerto...

—¡Madre!... ¡madre mía!...

—Sí... habré muerto... no podré decirles lo que exijo de ellos...

—¿Qué desea usted?

—¿Qué deseo?—esclamó la moribunda como queriendo saltar de la cama.—Deseo que salven á Anselmo... Deseo venganza... es preciso que no suelten las armas de la mano, hasta arrancar el corazón de los asesinos...

—Dios castigará á los malvados, señora,—dijo con dulzura el sacerdote aproximándose á la enferma con el crucifijo en la mano;—pero usted debe desechar todo sentimiento de rencor.... No piense usted ya en las cosas de este mundo...

Don Antonio contuvo á la moribunda, que en ademán de arrojarse del lecho, se agitó en estremecimientos convulsivos, y cayó de nuevo en la mayor postración.

—Son los sacudimientos de la agonía—dijo el facultativo.

La moribunda, ya con voz muy apagada, balbuceó:

—¿Dónde... estais... hijos... míos?

—Aquí, madre—respondieron María y Rosa anegadas en lágrimas.

—No os veo... María... Rosa... vuestro padre... me llama... otra vez... Está en el cielo... Los hombres... ¡ay! los hombres... le han asesinado... pero Dios...

—Dios... Dios es quien llama á usted, señora—esclamó el sacerdote.

—Sí... Dios me llama... me llama... para unirme á mi Anselmo. Hijas... hijas mías... Antonio... Luis... Tomás... Manuel... ¡A Dios!... ¡A Dios... para... siempre! La muerte... la muerte se acer... ca....

El sacerdote aproximó el crucifijo á los lábios de la moribunda, exclamando:

—¡Perdon, perdon para esta criatura, Dios de bondad!

—Per... don... ¡Dios mío!... An... An... sel...

Y el alma de la virtuosa Luisa voló á la eternidad sin acabar de pronunciar el nombre de su marido.

Y una escena de llanto y desolación entre los que rodeaban el lecho mortuario siguió á este triste suceso.

Y esta escena aterradora se reproducía en el seno de muchas familias, porque las víctimas fueron en inmenso número.

Los encarcelados y deportados por el gabinete Narvaez-Sartorius pasaron de CUATRO MIL, que no tenían otro delito los mas, que haber pertenecido á la Milicia ciudadana, á esa Milicia de Madrid que ha sido en todas épocas modelo de valor, baluarte de la libertad y del orden público, por cuyas altas virtudes ha sido siempre objeto de odio para los opresores del pueblo.

Desde el día 28 de marzo ya se encontraban reducidos á prisión, además de los que desde la noche del 26 y madrugada del 27 estaban arrestados en el Principal y otras cárceles, varios individuos que habían sido arrancados de sus familias á las altas horas de la noche.

En aquel día habían sido destinados á distintos puntos los generales Vanhalen, Ruiz, Noguerras é Iriarte.

Este último fué dado de baja en el ejército.

El consejo de guerra ordinario permanente hallábase constituido desde la mañana en la Aduana, donde está ahora el ministerio de Hacienda.

Componian dicho consejo el general don Trinidad Balboa, y seis capitanes de distintos cuerpos de la guarnicion.

Todo aquel día estuvieron recibiendo declaraciones á los infinitos presos que se les conducia, fuertemente amarrados, entre bayonetas.

Estos desdichados atravesaban la Puerta del Sol, y así en ellos como en el público que los contemplaba con intenso dolor, se observaba un silencio sepulcral.

Nadie se atrevia á saludarles, aun cuando fuesen amigos ó parientes, y mucho menos á acercarse para verles mejor; y si alguno quiso hacerlo, se lo impidió bruscamente la fuerza armada.

Madrid presentaba el triste aspecto de un pueblo acabado de conquistar por un ejército invasor.

Los diputados, que habían pertenecido á la minoría de las disueltas Cortes, proyectaron el día 27 dirigir una esposicion á la reina con el objeto de rogarle, que en el caso de condenar á muerte á alguno de los que se hallaban presos, tuviese á bien indultarle en virtud de la prerogativa que le concede la Constitucion.

Solicitaron al efecto del gefe político que les permitiera reunirse, y este les contestó que había pasado el oficio al capitan general, única autoridad de Madrid durante el estado de sitio, y que se había negado á concederles lo que deseaban.

Solo el pensar en una buena accion era entonces un grave cri-

men, y por lo mismo fueron presos en la madrugada del 30 varios diputados progresistas, y el 31 salieron de Madrid escoltados para distintos puntos.

Otras muchas prisiones se verificaron á todas horas del día y de la noche, y á cada momento se manifestaban indicios de nuevas alarmas producidas por los motivos mas insignificantes.

En la tarde del 30 hubo una de estas alarmas cuya causa no se supo ni se sabe aun.

Cerráronse las tiendas en toda la poblacion; se vió correr por las calles á caballo al capitan general y á los ayudantes y oficiales de Estado mayor; se mandó despejar la Puerta del Sol, y aparecieron centinelas extraordinarias frente la casa de Correos en ademan hostil; y por último salieron las tropas de los cuarteles enganchando la artillería.

Bastaba un aviso anónimo para que se hiciesen frecuentes visitas domiciliarias con insultante aparato y ridículas precauciones, en busca de armas ocultas.

No era necesario que las delaciones estuvieran suscritas por sujetos conocidos; una firma apócrifa, un anónimo cualquiera, era suficiente para allanar las casas ó privar de su libertad á un español honrado.

Aquella época de infamia y de terror fué á propósito para satisfacer personales venganzas; y era el caso que hasta la misma policia fué objeto de burla y escarnio en los anónimos que se le dirigian.

En muchos de ellos se delataba á personas citando el número de sus casas, y cuando se las iba á prender, resultaba que los conspiradores delatados hacia largos años que habían fallecido.

Cierto celador de barrio recibió un anónimo, en que se le daba

aviso que en la buhardilla de una casa de su demarcacion, cuyo número se citaba, existian armas ocultas.

Este empleado, con el objeto de llevarse toda la gloria del tal descubrimiento, no dió parte ni aun al comisario de su cuartel, y presentóse con dos agentes en el sitio del clandestino depósito.

No habia á la sazón en él mas que una mujer, á quien se requirió que franquease la llave de la buhardilla donde existian las armas ocultas.

La mujer, sin titubear, acompañó á la autoridad, abrió la puerta de la temible armería; pero figúrense nuestros lectores ¡cuál seria la sorpresa de los celosos agentes del gobierno al encontrar mas de cincuenta fusiles!

Verdad es que todos estos fusiles eran de hoja de lata y de estrechísimos calibres, destinados á venderse en las covachuelas para el uso y diversion de los niños en sus juegos.

Viéndose el celador chasqueado y frustrada su esperanza, ponía el grito en el cielo, y quiso vengarse en la pobre mujer, á quien acusó de haber hecho semejante mofa de la autoridad, y mandó en consecuencia que le siguiese á la gefatura.

La infeliz se disculpó, lloro, suplicó, y todo hubiera sido en vano, si uno de los agentes no hubiera hecho á su inmediato gefe la prudente reflexion de que semejante arresto solo serviria para dar publicidad á una burla que les ponía en ridiculo.

Convencióse el celador por la lógica de su subalterno, de que para no ser el blanco de la pública hilaridad, era lo mejor echar un velo sobre aquel incidente y callarse como si tal cosa jamás hubiera sucedido.

De nada sirvió este acto de prudencia, pues la buena mujer, impelida por el afán de hacer honor á su sexo, se desgañitaba

contándolo á todo el mundo, por manera que á la media hora de sucedido el lance, lo sabia el barrio entero.

Esto prueba que todo Madrid sabia con indignacion el furor que habia por las delaciones y lo dispuestos que estaban los agentes del gobierno á darlas favorable acogida; así es, que unos se aprovechaban de esta detestable coyuntura para vengar privados resentimientos, y otros para poner en ridiculo á los satélites de aquel odioso ministerio.

El consejo de guerra permanente sentenció á dos de los aprehendidos á ser pasados por las armas; y los infelices fueron entregados á la hermandad de la Paz y Caridad para que se les pusiera en capilla.

Afortunadamente se suspendió la ejecucion, y en la *Gaceta* del 1.º de abril, despues de un larguísimo preámbulo, en que el gobierno con mas hipocresía que verdad manifestaba á la reina y al país que su marcha habia sido franca, tolerante y liberal, que habia dado latitud á la tribuna y á la prensa, y despues de otras protestas llenas del mas insultante cinismo y de la mas escandalosa hipocresía, protestas que en nada se armonizaban con sus actos anteriores ni con los que puso en práctica en lo sucesivo, se leía el siguiente:

REAL DECRETO.

«Queriendo atenuar con un rasgo de clemencia los lamentables resultados de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta córte en la noche del 26 del corriente, usando de la prerogativa que por la Constitucion me compete, y conformándome con las razones que me ha espuesto mi Consejo de ministros, vengo en con-

ceder indulto de la pena de muerte á todos los reos á quienes se ha impuesto y se imponga por el consejo de guerra á consecuencia de los mismos acontecimientos, conmutándola con la inmediata que los reos cumplirán en los puntos que mi gobierno señale. — Dado en palacio á 31 de marzo, etc., etc.»

Este decreto vino á calmar en parte la ansiedad del público que temia por la vida de muchos inocentes, al ver reunido á todas horas al consejo permanente, y al observar los aprestos que se hacian.

Este documento oficial fué un lenitivo para la consternada poblacion.

EL PADRE DE MARÍA Y OTRO INFELIZ SE SALVARON.

La marquesa de Bellaflor atribuyó este resultado á las incesantes gestiones del bondadoso banquero don Fermin del Valle, y al éxito de su visita á la reina, visita que verificó en compañía de este honrado sugeto que habia proporcionado ya la fuga al marqués.

¡ Cuántos motivos de reconocimiento!

María, la virtuosa María, no será capaz de olvidar un solo momento los beneficios de don Fermin, y anhela una ocasion en que poderle dar una prueba de la sinceridad de su gratitud.

Salváronse dos infelices; esto es, salvaron su vida; pero se les impuso la pena inmediata á la de muerte, y se doblaron las persecuciones de una manera horrorosa, aplicando igual castigo, sin formacion de proceso, á indefensos ciudadanos que no habian tenido parte alguna en los sucesos del 26.

¡ Todo Madrid parecia anegado en llanto!

Sí, anegado en llanto, porque contándose las víctimas por mi-

llares, no habia una sola familia que no estuviese profundamente afectada.

La que no lloraba por la prision de un padre, lloraba por la de un hijo, por la de un hermano, por la de un amigo.

En una palabra, lloraba todo Madrid porque eran liberales los perseguidos, porque eran madrileños los ciudadanos contra quienes el despótico gobierno se ensañaba.

Y no eran lágrimas de ternura las únicas que el heróico pueblo derramaba; lloraba tambien de justa indignacion... lloraba porque no podia castigar tantos desmanes; y aplazando para mas adelante el dia de la venganza, mitigaba con el lloro su dolor.

¡ Mentira!... no, no lloraban todos los habitantes de Madrid.

Mientras la sangre de los valientes madrileños humeaba aun, mientras las víctimas y sus allegados lanzaban ayes de amargura y desesperacion, una alegría insultante, como la de las orgías de Lucrecia Borgia, reinaba en el afrentosamente célebre palacio de la calle de las Rejas, á donde llevaremos por un momento á nuestros lectores.

